

"En la memoria, reconocido sitio de lo no vivido..."
(Enrique Lihn)

El pintor Carlos Faa marcó la ruta del desencanto a temprana edad, con el salto fatal que dio desde un barco en los años 50. Faa huyó del agobiador peso de la noche sobre la cultura chilena, emprendió el exilio y llegó a Estados Unidos, sin ser perseguido por ningún autoritarismo o tiranía, solo el se centró de su partida. Saló aterrorizado por el tedio de una vida estéril y no pudo caer en el sueño sino en las aspas de la hélice que impulsaban la nave. Muró así en la adolescencia víctima del síndrome Rimbaud o James Dean. Teillier esperó algún tiempo en el despiégue de su biografía, alcanzó el milagro de los 60 años y habló su circunstancia como si no tocara nada, convirtiéndose en poeta inabitable, fugitivo de sí mismo, sin embargo fue severo en su oficio de escritor y en el asedio a su ruta.

De personalidad retraída y castrada, su aislamiento, auténtico, posibilitó una vida ajena al cultivo de las relaciones públicas, las competencias, becas o premios y ser publicado con más precariedad que boato, además lo alejó del loco, el poeta residente en la oscuridad de su malidísimo, desde el que, como un francotirador, lanzar en forma periódica relámpagos sobre una cultura anestesiada e indiferente: el país de la escarcha.

Con la atroz excepción de los amigos, su público fiel, la inmensa minoría, carentes de obsesiones y actitudes reverenciales, en especial la soledad mostrada en las malas y en las malas por creadora como el espléndido pintor Germán Areniz y el poeta Francisco Vique, quienes advirtieron en Teillier una pasión infatigable, en el fondo sentido de la palabra, la actitud cotidiana de entusiasmo ante el mundo, sin importar que a cada paso se derrumbe. El lo sintetizó en un verso prototípico: "Algun día seremos leyenda".

La frontera

Tal vez sea prematuro decirlo, pero el proceso de maduración de la obra poética de Jorge Teillier (1935-1996) recién comienza, lo que si parece haberse consolidado es el efecto hipotético que produce su lectura, aun en un acercamiento a su periferia —ciertos motivos y situaciones reiterados— el escenario de la hipotesis es un mundo que el poeta recuerda con pinceladas sutiles, la expresión de una poesía coloreada como las telas de un pintor ingenuo y dominical. En ella se escuchan campanas, trenes, el crujir de los incendios, conciertos, cantos evangélicos de arrepentimiento y resurrección, por sus senderos se desliza una nube de sensaciones cuyo impacto perdura largo tiempo al lector.

Desvalida en una aproximación superficial, pronto irrada un embejuo capaz de establecer su poderío en las zonas sensibles del receptor, acompañándolo en un viaje al pasado dentro de una geografía específica, La Frontera, cuya existencia histórica es indudable pero desprovista, en la óptica del poeta, de todo aliento heroico al modo de Neruda en "Alturas de Machi Picchu", la mirada épica de su hablante intenta desentrañar los secretos de la ciudadela, a través de la condensación, en su oído y en el tacto de su cuerpo, del martirio

Jorge Teillier: sombra sobre la escarcha

MARIO VALDOVINOS

La pasada noche de San Juan Jorge Teillier habría celebrado, a su modo, otro cumpleaños; el número 62. Agregar más huellas a un paso hondo que se quiso inadvertido, urgando entre los signos que dejó como evidencias es una forma de festejo, el festejo del "no olvido".



inútil de quienes la construyeron y, al mismo tiempo, le cubren a cada voz con caracteres melancólicos, el derecho de abogar y pedir, gritando, por ellos: "¡hablad por mis palabras y mi sangre!"

La Frontera es a fines del siglo XIX el lugar de una inquieta expansión comercial y de la apertura de compañías económicas, construcción de líneas férreas, el viaducto del Malleco, el conato al fin de dominar la naturaleza, los combates finales entre chileños y mapuches. Poco importa si ese mundo fue arrasado por el progreso o

cosas arrastradas por la tradición de la sin razón, con esos pedacitos gastados compone un álbum, un "herbario para los días de lluvia" (Cortázar).

Mirada y palabra

El mundo de su poesía aparece envuelto en un tiempo cíclico que obedece sus secretos a la figura del poeta porque en revuelta al desordenará alguna ruina, como un depredador nocturno, sino que permanecerá incruento ante el proceso de descomposición.

Se palabra, en este sentido, no es germinadora ni fundacional, tampoco intenta abrir sendas para que las cosas se replacen, en suma, despejar el camino a una nueva vida como en el poema de Ernesto Cardenal que se refiere a las cosas desechadas y muertas, "Esperando como nosotros la reversión", por eso el poeta no ocupa las vías de acceso tradicionales, poemas, caricaturas, y se convierte en un merodeador atento al discurso de sus ciclas, las estaciones climáticas y la huella que dejan en las otras, las del ferrocarril con sus viajeros dedicados en la incertidumbre del descenso, sin equipaje, en el pueblo equinoccial.

La lírica de Teillier es ajena a todo paroxismo y recorre un mundo anárquico, en él se ve un viento de glaciada desdicha, no es el Macabro batido por el calor sofocante y las bofetadas de la compañía bananera, la máquina de trabajadores, las empresas de los Baños y las apariciones prometedoras del grano Melquiades, la herencia no existe, la vida se va sin prisa, parte un tren con una muchacha que prometió no ausentarse, el poeta graba las iniciales de sus nombres en un árbol, los pájaros picotean los granos caídos de las carreteras en los caminos, el futuro se parece al de "Hay un día feliz" de Nicanor Parra, nadie cumple el sueño su paso por los años, aunque todos sepan que van a ser tragados por el tiempo. ¿A qué entender grandes proyecciones?

Debido a sus formas, sus atmósferas, las actitudes líricas escogidas, la situación del hablante y, sobre todo, por la temática, su poesía pareciera inclinada a catástrofe y, de hecho, esa cierta facilidad el proceso de su evolución. La aldea y su equívoco hechizo construido sobre un mito de fuertes raíces históricas y sociales, el típico "desaparecido de corte y alabanza de aldea", desestructurado, salvo como recuerdo innato, cuando las arbes fundadas por Cain avasallan sus territorios, se presenta ya incapaz de generar ninguna idea original. La poesía de Teillier lo demuestra sin vehemencia pero de modo decidido y sale de vista hacia el cruce de un universo posible, sin duda asediado por el óvulo y la transitoriedad, pero capaz de atravesar las épocas y los años delimitando los confines de una aldea global, el espacio del ensueño, la instabilidad, los amores contrarios, los retratos venidos de las reinas, la amargura triste.

Este es el sitio en que se asientan los albos franceses de Teillier, aunque él llega tarde, cuando el año de conquista de vastas extensiones de bosques y aguas ha desfilado, los dos grupos terminaron por mezclar sus sangres y apellidos y fundiéndose con la tierra y el paisaje. Los seres y los objetos que dejaron huellas, aromas y climas ya no están, ahora todo está arrinconado, pero permanecen los signos. En esa hora aparece un transiente inventido del anhelo de encontrar espectros y objetos perdidos, un coleccionista despojado de la aldea de alacranes. Después de hacer un registro de todo cuanto fue cobijado en su memoria, levantará un inventario sobre su paso por el mundo a la vez que será el perfil de su propia silueta.

El es una sombra que cruza el país de la escarcha; las sombras pasan, pero abre el camino a la claridad.

Mario Valdovinos es profesor de Castellano y académico de la Universidad Andrés Bello.

Jorge Teillier, sombra sobre la escarcha [artículo] Mario Vildósola.

AUTORÍA

Valdovinos, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jorge Teillier, sombra sobre la escarcha [artículo] Mario Vildósola.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile